

# El rincón misionero

Ana G<sup>a</sup> Castellanos



ilustrada por Paz Rodero

## Un concierto sin salir de casa

El coro de Malabo había mejorado mucho. Estaban cada vez más animados, con las nuevas canciones que habían incorporado al repertorio. Una vez al mes, el padre Alberto conectaba con Madrid por video conferencia, y en el proyector, todos podían ver a la orquesta. Los directores Beatriz, y Jonás, coordinaban el ensayo. ¡El conjunto de coro y orquesta sonaba cada vez mejor!

Pero en abril, la pandemia del corona virus había llegado hasta Guinea.

- *¡Se acabaron los ensayos!* – Suspiró Venancio – *Acaba de llamar el padre Alberto, que la parroquia permanecerá cerrada. Como prevención, todo el mundo se queda en casa.*

El padre Alberto, convocó una video-conferencia conjunta con Beatriz y Jonás. También en Madrid todos se quedaban en casa.

- *Pero las niñas y niños de la orquesta siguen ensayando* – comentó la directora - *Los ensayos los hacemos por video conferencia.*
- *Es una buena idea, afirmó Jonás. El problema es que en Malabo no es fácil tener un ordenador. En toda la zona tenemos el de la parroquia, el mío, el de Laura...*
- *Además, en cualquier caso, los niños no podrán viajar en muchos meses. Los vuelos están paralizados.* – se lamentó el padre Alberto.

Parecía que nada se podía hacer. El proyecto del Concierto Malabo-Madrid quedaba suspendido.

Aquella noche, los gemelos miraban el plato de pepesupe sin probar una cucharada.

- *Vamos, vamos, decía mamá Ester. Tiene que haber una solución.*
- *Yo no veo ninguna* – sentenció el abuelo Venancio meneando la cabeza.

En ese momento, sonó el teléfono. Era Laura ... ¡Por video llamada!

- *Ya que no puedo visitaros, - sonrió en la pantallita del móvil - por lo menos, así sí que os veo.*
- *¡Claro! ¡El móvill!, gritó Catalina.*

El abuelo Venancio y Mamá Ester no entendían nada, pero los gemelos se pusieron a dar saltos: *¡Esta es la solución! ¡Tenemos que intentarlo!*

Al día siguiente, todos los chicos y chicas del coro se conectaban con el móvil.

Jonás les saludaba: - *¡Hola, chicos. Vamos a ver si es posible que todos cantemos a la vez por el teléfono.*

Al poco de empezar, se bloqueó la comunicación.

- *El problema es que la banda de datos es estrecha* – le explicó Jonás al padre Alberto aquella tarde.
- *Bien, pues a grandes males, grandes remedios. Parte de la ayuda para el viaje, se destinará a facilitar contratos con más cantidad de datos a cada niño y niña del coro.*

Así, se reanudaron los ensayos.

El jueves, a las 10 de la mañana, Jonás convocaba una tele-reunión. Cada uno se unía a ella por el teléfono, con sus partituras de coro bien aprendidas.

En Madrid, también se habían conectado los chicos de la orquesta.

- *¿Preparados?* – requería Jonás levantando las manos para marcar el compás. Todos empezaron a cantar en casa, ante las cámaras de su móvil, al compás de la orquesta que sonaba en el ordenador de Jonás.

Jonás grababa la pantalla con todas las ventanas en las que cada uno cantaba su parte. El resultado era perfecto. Poco después, Beatriz enviaba al e-mail de la parroquia el vídeo de la orquesta, que habían hecho del mismo modo en Madrid.

Nico, el novio de Laura hizo el montaje en el ordenador de la Universidad.

El resultado fue fantástico. El vídeo mostraba las imágenes en mosaico de todos los niños y niñas del coro guineano y de la orquesta española.

- *¡Es extraordinario!* dijeron al verlo el abuelo Venancio y Mamá Ester.

Fina, la mujer de Francis, alucinaba mirando el vídeo en el móvil de Maripaz, que cantaba con sus hermanos. Maite se emocionó al verse cantando un solo. Y Ramón y Elías...

Muy pronto, Nico colgó el vídeo en la página web de Selvas Amazónicas.

También aparecía en la de la escuela de música de Madrid. ¡Y lo sacaron en la televisión regional!

¡El vídeo del concierto Malabo-Madrid se hizo viral!

Escribía gente felicitándoles, desde los lugares más lejanos.

En muchos hogares, sin salir de casa, las familias escuchaban las mismas voces de Guinea y la música de España, unidas desde la distancia.

El padre Alberto agradecía al Padre Bueno su ayuda, desde un banco de la capilla solitaria.

CONTINUARÁ